

solo á hombrès como eran los Apóstoles, sino á hombres de la mayor autoridad y del más vasto ingenio: que persuadieron al mundo á que abandonase el culto de aquellas falsas divinidades, y que han hecho recibir al mundo la religion cristiana.

¿Cómo ha de esplicarse este prodigio? ¿Se dirá que los Apóstoles eran unos poderosos ingenios, que tenían en la mano, por decirlo así, el destino de las naciones; que sabian quando querian, remover todo el universo, y hacerle mudar de faz? Pero esta pretension se halla desmentida en la historia. Varias veces lo he dicho y lo repetiré todavia, porque no sabré inculcarlo bastantemente: los Apóstoles eran hombres oscuros, simples, ignorantes y groseros, sin riqueza, autoridad, ni crédito: hombres mas capaces por sí mismos de ser seducidos, que apropósito para seducir; de aquellos hombres que no son nada á los ojos del mundo, y que son sacrificados siempre, sin consecuencia, á la seguridad pública, por

que nada se teme de sacrificarlos.

¿Se convendrá en que los Apóstoles eran hombres oscuros, simples, ignorantes y groseros? però para convertir el mundo, era preciso hacerle abandonar la preocupacion de la idolatría, y determinarlo á abrazar la religion cristiana: para hacer al mundo abandonar la preocupacion de la idolatría, era preciso demostrar su falsedad: para determinarlo á abrazar la religion cristiana, era preciso demostrar su verdad. Ahora pregunto yo, ¿si unos hombres como eran los Apóstoles, podian hacer estas dos cosas?

¿Atribuirán la conversion del mundo á los milagros que hicieron los Apóstoles? Pero entonces el establecimiento de la religion cristiana será obra de Dios, y nos concederán todo lo que preguntamos.

¿Negarán que los Apóstoles hayan hecho milagros? Pero, fuera de que no pueden negarse los milagros de los Apóstoles sin tachar de falsas todas las historias; es evidente como lo dice san Agustin, que la conver-

sion del mundo obrada sin milagros, seria el mayor de todos los milagros (a).

Aquí, Teotimo, oigo gritar alrededor de mí á los filósofos de nuestros dias: *el acaso, el acaso, el entusiasmo, el fanatismo*. El acaso ha hecho el mundo cristiano. ¡Eh qué! ¡por todas partes el acaso! El orgullo humano llevado al extremo, ¿se meterá cada dia mas y mas en este caos tene-

(a). Todo hombre que quiera escuchar su propia razon, convendrá en que es imposible persuadir al mundo que un hombre muerto en una cruz, es Dios; que es menester rendirle todos los homenajes debidos á la Suprema Magestad; someterse á sus leyes, por duras que sean, y morir por él, sino demostrando estas verdades con la última evidencia. Es así que estas verdades no pueden ser demostradas por los razonamientos, sino por los milagros: luego los Apóstoles han hecho milagros, supuesto que han persuadido al mundo, que un hombre muerto en una cruz, era Dios; que es menester rendirle todos los homenajes que son debidos á la Magestad Suprema; someterse á sus leyes, por duras que sean, y morir por él.

broso, para ocultarse de las solicitudes de la verdad?

Pero, ¿cómo el acaso inspiró á los Apóstoles la determinacion de emprender la conversion del mundo, y al mismo mundo; la de resolverse á convertirse, abrazando desde luego unos sentimientos tan contrarios á todos los que estan en la naturaleza? ¿Cómo el acaso no fue jamas desconcertado por los contratiempos, que durante tantos siglos debian á cada momento arruinar su empresa? ¿Cómo el acaso ha seguido tanto número de siglos, y en medio de tantos embrazos de toda especie, un paso tan constante y tan bien sostenido para llegar á su fin? ¿Cómo el acaso se ha sostenido con tanta intrepidez contra tantos obstáculos y dificultades? ¿Cómo ha luchado tan largo tiempo, ya contra el poder de los Reyes, y ya contra las preocupaciones de los pueblos, hasta que al fin ha vencido los unos y las otras? ¿Cómo en un combate que ha durado tantos siglos, el acaso ha dado constantemente la

victoria á la ignorancia y á la groseria sobre la elocuencia y la sabiduría? ¿A la pobreza, sobre la riqueza; á la bajeza, sobre la grandeza; á la paciencia, sobre los tormentos; á la debilidad, sobre la fuerza; al pequeño número, sobre la multitud; á doce pescadores, sobre todo el universo? ¡O poder! ¡O sabiduría del acaso, si el acaso ha hecho todo esto! A él es á quien adoro: él será mi Dios desde ahora.

Pero entrémos en el pormenor de los hechos. Demostré en otra parte que los Apóstoles no fueron movidos de ningun interes humano; esto es, de ningun interes de pasión para anunciar al mundo la resurrección y la divinidad de Jesucristo; y ahora añado:

1.^o: Que los Apóstoles no tuvieron ningun socorro humano para hacer salir bien su empresa.

2.^o: Que en esta empresa tuvieron que vencer todos los obstáculos humanos.

3.^o: Que emplearon para verificat

esta empresa medios que naturalmente debían producir un efecto enteramente contrario. Vengamos ahora á la prueba.

Digo que los Apóstoles no tuvieron ningun socorro humano para salir bien de su empresa. ¿Qué es lo que hace efectivos los grandes desigñios, mi querido Teotimo? Es la elocuencia que persuade, las riquezas que seducen y corrompen la autoridad y el crédito que imponen, y la fuerza que somete. Ahora, los Apóstoles no tenían ningun socorro de estos: lo he dicho, y lo vuelvo á repetir; estos eran en la mayor parte pescadores; esto es, hombres de la hez del pueblo; pobres, ignorantes, groseros, de un entendimiento simple y limitado, que no gozaban en el mundo de consideracion alguna. Eran hombres, cuyo ayre, lenguaje y modales anunciaban la humildad de su cuna, y que bastaba verlos y oírlos hablar para desdeñarlos. El Evangelio nos los muestra por todas partes como acabo de pintarlos, y todo el

mundo conviene en que este era su carácter.

Luego los Apóstoles no tenían nada en sí mismos de lo que puede hacer efectiva una grande empresa; y por otra parte, la empresa de los Apóstoles era la mayor empresa que jamas pudieron formar los hombres; porque se trataba en esta empresa de hacer renunciar á todos los pueblos del mundo el culto de sus divinidades, aquel culto que era tan antiguo entre ellos, y por el cual tenían tanto celo y un apego tan obstinado.

1º: Se trataba de empeñar el género humano á adorar á un hombre muerto en una cruz, como su Salvador y su Dios.

2º: Se trataba, por último, de hacer recibir al mundo una religion llena de misterios, que parecen contrarios á la razon, y unos preceptos que sublevan las pasiones y los sentidos.

Figúrate, Teotimo, que tienes la elocuencia de los mas sublimes oradores, la sutileza de los mas grandes filósofos, la habilidad de los mas pro-

fundos políticos, unido todo al poder de los Césares. ¿Te habrias atrevido á esperar el haber hecho que el mundo, segun estaba en los tiempos de los Apóstoles, adorase á un Hombre muerto en el suplicio mas infame: que le adorase, dige seriamente, y del fondo del corazon, y como al Dios Soberano, Criador del cielo y de la tierra? ¿Te habrias atrevido á esperar el hacer recibir al mundo una religion dada por Jesucristo crucificado, una religion que manda creer al hombre lo que no comprende, esperar lo que no conoce, practicar lo que le disgusta, amar lo que su naturaleza le hace aborrecer, aborrecer lo que ella le hace amar, renunciar-se á si mismo, y llevar cada dia su cruz? No, sin duda.

Ahora, lo que los mas sublimes oradores, los mas sutiles filósofos, los mas profundos políticos, los Césares, y todos los reyes de la tierra no hubieran jamas intentado emprender; lo que jamas habrian podido ejecutar, obrando todos juntos de co-

mun acuerdo, y con el mayor concierto; doce hombres de la hez del pueblo, venidos del fondo de la Palestina, y de las riberas del mar de Galilea, lo emprendieron, y lo consiguieron, á pesar de la elocuencia de los oradores, de la sutileza de los filósofos, de la habilidad de los políticos, y de el poder de los Césares; en una palabra, aunque les hubieran opuesto todos los obstáculos humanos, como vamos á verlo.

Sí, Teotimo, los Apóstoles tuvieron que combatir las oposiciones de todo el universo, coligado contra ellos y contra su doctrina. La persecucion fue declarada el mismo dia que anunciaron por la primera vez á Jesucristo en Jerusalem. Vemos en las actas de los Apóstoles que el Sanhedrin junto les prohibió varias veces con terribles amenazas el predicar á Jesucristo: que los hizo azotar con varas: que Santiago y S. Esteban fueron sentenciados á muerte: que S. Pedro fué puesto en cadenas: y que por todas partes contradecian los judios su pre-

dicacion, y oponian cuantos obstáculos podian á la conversion de los gentiles.

La persecucion que los Apóstoles sufrieron en Jerusalem y en todo el resto de la Judea, no fue sino un preludio de la que el mundo entero les preparaba, la cual no tardó en verificarse. Inquietos los Emperadores Romanos con las conquistas del Evangelio, todo lo pusieron en movimiento para atajar sus progresos. Se publicaron leyes, y el anatéma se fulminó contra los cristianos en todo el Imperio. No habia seguridad para ellos: los vejaban por todas partes y de todas las maneras. Su religion, que no se dignaban examinar, era mirada como ridícula, impia, abominable y funesta al género humano. Se veian espuestos á un tiempo á las violencias de la autoridad pública, y al desprecio é irrision de los particulares. Cometian contra ellos las mayores crueldades sin miramiento y sin piedad. Los destierros, las prisiones, las confiscaciones de bienes, los azotes y los

desprecios de toda especie, no fueron sino ligeros ensayos de los males, á los cuales los reservaban, y que les hicieron sufrir en efecto. No se contentaban con emplear en ellos los suplicios que las leyes decretaban contra los mas grandes crímenes; como los potros, las torturas, las cruces, el fuego y el diente de las bestias feroces. Inventaron mil tormentos inauditos, cuya sola idea hace estremecer la naturaleza. A nadie se esceptuaba: no se tenia respeto alguno, ni al nacimiento mas illustre, ni á la virtud mas reconocida; no se compadecian, ni de los mas tiernos infantes, ni de los ancianos mas venerables, ni de las vírgenes mas honestas é interesantes. Los paganos estaban mas sedientos de la sangre de los cristianos, que las bestias feroces á quienes servian de presa.

El suplicio de un cristiano era el espectáculo mas agradable que podia dárselos: un cristiano era en su opinion la víctima mas agradable que podia inmolarse á los dioses para apaci-

guarlos. Por todas partes llevaban consigo el aborrecimiento público, segun la prediccion de Jesucristo. El amigo idólatra denunciaba ante los jueces á su amigo cristiano: el criado á su amo: el padre al hijo: el hijo á su propio padre: la esposa al esposo, y el esposo á la esposa. Los mayores enemigos de los cristianos eran aquellos que les estaban mas unidos por los vínculos mas sagrados, ó mas bien desde que un hombre era cristiano perdía, segun el juicio de los paganos, todos los privilegios de la naturaleza humana, y creian no deberle otra cosa sino ultrages y suplicios. Sin embargo, los cristianos, instruidos por los Apóstoles, y animados de su egemplo, sufrían los oprobios y los tormentos, no solo con paciencia, sino con alegría; no solo sin quejarse de sus perseguidores, sino bendiciéndolos y pidiendo por ellos. La paz reynaba en su corazon; veíase pintada una dulce serenidad en su semblante, y sus lenguas entonaban cánticos de alegría. Oíaseles sin ce-

sar, en medio de sus tormentos, tributar gracias á Jesucristo por haberlos juzgado dignos de sufrir por él. Repetían continuamente su santo nombre, y se comprendía que estaban muertos, cuando este nombre adorable no salía ya de su boca.

Una persecucion tan universal y tan atroz, debia sin duda aniquilar los cristianos y el cristianismo: todo lo contrario sucedió. Mientras mas perseguian á los cristianos mas se multiplicaban, y mas aumento y fuerza tomaba el cristianismo; y la misma persecucion era la que producía este efecto. La sangre derramada de un solo cristiano, era una semilla fecunda que producía otros mil. Una sola chispa, á pesar de todas las precauciones que habian tomado para apagarla, habia causado un grande incendio, el cual se comunicaba de una en otra á todas las partes del Imperio: se estendia de ciudad en ciudad, y de provincia en provincia, no solo á pesar de los esfuerzos que hacian para contener su curso, sino por

efecto de estos mismos esfuerzos. Los cristianos estaban en todas partes, en los campos, en las ciudades, en los egércitos, en el Senado, y hasta en los palacios de los Césares: mas de una vez se vió á los espectadores de los tormentos de los Mártires, asombrados de su constancia mas que humana, esclamar repentinamente, y decir que eran cristianos, y ofrecerse ellos mismos á los verdugos para ser inmolados con aquellas santas víctimas. Viéronse verdugos que ellos mismos se prosternaban delante de las víctimas que acababan de sacrificar con sus manos, presentar intrépidamente sus cabezas para ser inmolados á su turno por otras manos. Los Emperadores y todo el universo estaban asombrados de ello hasta un punto inesplicable, sin saber á qué atribuir este prodigio.

Todo lo que digo, Teotimo, está testificado en las historias. Todo el universo está todavia lleno de monumentos de la crueldad de los Emperadores Romanos, y de la pacien-

cia de los Mártires. Todas las historias atestiguan que Roma, y las otras ciudades del Imperio, fueron otros tantos teatros donde la fe de los cristianos se representó; combatió contra los tormentos y triunfó. Por todas partes corría á mares la sangre de los Mártires, y puede decirse que todo el Imperio se inundó de ella.

Pero dirás tal vez, sin duda, una persecucion tan furiosa empezó bastante tarde, ó se acabó demasiado presto; y esto fue lo que salvó á la religion. Si la persecucion hubiera comenzado antes que el cristianismo hubiera tenido tiempo de cobrar fuerzas, lo hubiera infaliblemente sofocado en su cuna; y si hubiera durado largo tiempo, al fin lo hubiera abolido. Sin duda los Emperadores se cansaron de atormentar á los cristianos, antes que los cristianos se hubiesen cansado de sufrir los tormentos.

Seria engañarse groseramente, mi amado Teotimo, el pensar así. Mas arriba hemos hecho ver, que la persecucion contra los cristianos comenzó

con el cristianismo, y es constante por otra parte que duró hasta el reinado de Constantino el Grande; esto es, trescientos años. Dios quiso hacer conocer á los Emperadores y á todos los Reyes de la tierra, que no los necesitaba para establecer y mantener su religion en el mundo; que su brazo le bastaba para ello. Este Ser Supremo creyó que era propio de su gloria el no llamarlos á la fe, sino despues de haberlos convencido por una esperiencia de muchos siglos, que pudiéndolo ellos todo contra los cristianos, no podian nada contra el cristianismo; y que su vocacion era mas bien una gracia que les hacia, que un beneficio que dispensaba á su Iglesia.

Luego es cierto, Teotimo, que los Apóstoles, en la egecucion de su empresa, tuvieron que superar todos los obstáculos humanos; á lo que añadido, que los medios de que se valieron para consolidar esta empresa admirable, debian, por su propia naturaleza, producir un efecto contra-

rio, y arruinarla sin recurso.

1.º: Los Apóstoles sabian muy bien, que en todos los países adonde llevasen el Evangelio, los Príncipes y los pueblos se levantarían contra ellos furiosamente desde que conocieran que la antigua religion sería combatida. „Yo os envío, les „había dicho Jesucristo, como ove- „jas en medio de los lobos: os arro- „jarán de las Sinagogas: os perse- „guirán de ciudad en ciudad: sereis „odiosos por causa de mi nombre; „y cualquiera que os haga morir, „creerá hacer un sacrificio á Dios.“ Los Apóstoles sabian esto por Jesucristo; y por otra parte, la cosa hablaba por sí misma: luego la prudencia humana quería que empezasen á anunciar secretamente el Evangelio, y que no hablasen del reyno de Dios á los particulares sino al oído: que esperasen para dar un golpe á tener un partido capaz de sostenerse por sí mismo. Sin embargo, el día de Pentecostés se aparecieron todos juntos en medio de Jerusalem,

y se pusieron á publicar altamente, que aquel mismo Jesucristo que los judios habían hecho morir en una cruz pocos días antes, había resucitado, y era el Mesias; esto es, que desde el primer paso cometieron una de aquellas faltas capitales, que segun las reglas de la humana prudencia, debían perderlo todo, como lo hemos manifestado en otra parte; y vemos todavía que San Felipe tuvo la misma conducta en Samaria, y San Pablo en Atenas y otras partes.

2.º: La prudencia humana exigía que los Apóstoles, sus cooperantes y sus primeros sucesores recibiesen en la Iglesia, indiferentemente y sin eleccion, á todos aquellos que quisiesen entrar en ella, porque para ellos era un punto capital el hacerse prontamente un partido. La multitud de los que componen un partido, impone respeto á los pueblos, causa á los Príncipes grandes sobresaltos, da seguridad á los que entran en él, y por este medio se hace un poderoso atractivo para multiplicarse. Sin



embargo, jamas los Apóstoles, sus cooperantes y sus primeros sucesores, recibieron en la Iglesia sino á hombres, en quienes descubrian señales de una conversion sincera. Toda la historia Eclesiástica da testimonio de que en los primeros siglos del cristianismo no daban regularmente el Bautismo á los que le pedian con las mas vivas instancias, sino despues de haber examinado mucho tiempo antes su fe para asegurarse de que estaban en estado de sufrir el martirio, y que las esperiencias y pruebas no fueron jamas mas rigorosas que cuando estaba la persecucion mas encendida.

3.º: La prudencia humana pedia, que en los principios de la Iglesia se anunciase el Evangelio con alguna modificacion: que se disimulase, á lo menos hasta un cierto punto la preocupacion y la debilidad de aquellos á quienes querian atraer al cristianismo. ¿Qué apariencia habia de hacer sin esto muchas conversiones, en un tiempo que la cuchilla de la persecucion estaba levantada por to-

das partes sobre las cabezas de los cristianos? Sin embargo, los Apóstoles propusieron siempre el evangelio en toda su severidad é intolerancia, á los que querian atraer al cristianismo. Jamas fue admitida persona alguna al bautismo, sino despues de haber prometido que viviria segun la fe, que la profesaria delante de los tiranos, y que moriría antes que renunciarla. Y en aquellos felices tiempos la recepcion del bautismo fue mirada siempre como un deseo solemne del martirio.

4.º: La prudencia humana exigia, que en los primeros tiempos del cristianismo, cuando la naciente Iglesia, débil por sí misma, se hallaba tambien combatida con tanta violencia, el gobierno eclesiástico fuera muy dulce y muy moderado; que cerrasen los ojos sobre ciertos puntos y ciertas prevaricaciones, á lo menos sobre aquellas que podian recibir una interpretacion favorable. Con la severidad y con las penas no se fija á los hombres en un partido que han seguido libre-

mente, y al cual se arrimaron por los vínculos de su voluntad; que pueden perderlo todo permaneciendo en él, y ganarlo todo abandonandole. No obstante, el gobierno eclesiástico no se manifestó jamas mas firme y mas severo, que cuando el fuego de la persecucion estaba mas encendido por todas partes, y amenazaba consumir hasta las menores reliquias del cristianismo. Todo el mundo sabe que en los tiempos de que hablamos, no solo los cristianos cobardes que, á la primera orden de los jueces, ofrecian incienso á los ídolos, sino tambien aquellos que, vencidos por la violencia de los tormentos, renunciaban á Jesucristo, y los que habian pedido certificaciones de abjuracion, aunque en efecto no hubiesen abjurado, se sometian á la penitencia pública; que solo á este precio podian reconciliarse con la Iglesia, y que esta penitencia era tan larga y tan rigorosa, que se diferenciaba poco del martirio (a).

(a) Todo lo que se encuentra en este pedazo, representa lo que los primeros

En fin, la prudencia humana exigia á lo menos, que cuando los cristianos se vieran en estado de hacerse temer, por el número y por los gefes que podian elegirse, se armasen para su propia defensa. El ceder al mas fuerte es precision; pero es una locura el dejarse degollar, sin resistencia, del mas débil; y por otra parte, muerto por muerto, es siempre mas glorioso morir con las armas en la mano, que en un cadalso. Los cristianos tenian la justicia de su parte; su causa era la de Dios, y á Dios hacian la guerra en sus personas. ¿No podian autorizarse con el egeemplo de los Macabeos, que parecia hecho para ellos? Si los cristianos hubieran sido vencedores, ¿qué progreso no habria hecho el cristianismo, pudiendole profesar libremente, cuando tanto se ha estendido durante la persecucion? y si hubieran sido vencidos, qué mas habrian teni-

cristianos podian decirse á si mismos, no como razones verdaderas y sólidas, sino como pretextos especiosos; pero ninguno de ellos les pasó jamas por la idea.

do que sufrir hasta entonces? Todo, pues, podian ganarlo, sublevándose, y nada podian perder. En fin, armándose en defensa de su religion; harian el servicio mas visible á Dios, al imperio y á los emperadores. A Dios, cuya gloria vengaban: al imperio, cuyos mejores sugetos conservaban: á los emperadores mismos, impidiéndoles el derramar arroyos de sangre inocente, sin dar por otra parte el menor golpe á su verdadera y justa autoridad.

¡ Qué cúmulo de razones! y sin embargo, Teotimo, durante trescientos años de persecucion, ninguna razon de estas les pasó jamas por la idea, ni á los Apóstoles, ni á sus cooperantes, ni á sus sucesores; y en fin, á ningun cristiano.

“Que todo hombre, decia san Pablo á los cristianos de Roma, se someta á las potestades superiores, porque no hay potestad que no venga de Dios: y él es quien ha establecido todas las que existen en la tierra. . . . Dad, pues, á todos lo que

„les es debido: el tributo, á quien
 „debeis el tributo: los impuestos, á
 „quien debeis los impuestos: el temor
 „á quien debeis temer: el honor, á
 „quien debeis honor.“ Y á Timoteo:
 “Os conjuro, ante todas cosas, que
 „hagan súplicas, plegarias, votos y
 „acciones de gracias por todos los
 „hombres, por los reyes, y por todos
 „aquellos elevados en dignidad, á fin
 „de que vivamos sosegados y tranqui-
 „los en toda especie de piedad y ho-
 „nestidad.“ Hermanos míos (decia
 san Pedro á los fieles dispersos en las
 provincias del Ponto, de Galacia, de
 la Capadocia, del Asia y de la Bitinia). No, os sorprendais cuando Dios
 „os pruebe en el fuego de la afliccion,
 „como si una cosa extraordinaria os
 „suciedera; pero alegraos mas bien de
 „que participais de los sufrimientos
 „de Jesucristo, á fin de que seais tam-
 „bien colmados de alegria en la ma-
 „nifestacion de su gloria. Bienaven-
 „turados sois, si sufris injurias y des-
 „honras por el nombre de Jesucristo;
 „porque el honor, la gloria la virtud

„de Dios y su espíritu, reposan so-
 „bre vosotros; pero que ninguno de
 „vosotros sufra como homicida, ó co-
 „mo ladrón, ó como detractor, ó co-
 „mo envidioso del bien de otro; que
 „si sufre como cristiano, no se aver-
 „guence de ello, sino que glorifique
 „á Dios.“ „Nosotros sufrimos (añá-
 „dia san Pablo escribiendo á los Co-
 „rintios): nosotros sufrimos el ham-
 „bre, la sed, la desnudez, y los ma-
 „los tratamientos: nosotros trabaja-
 „mos con mucha pena con nuestras
 „propias manos; se nos maldice, y
 „bendecimos; nos persiguen, y sufri-
 „mos; nos dicen injurias y respon-
 „demos con plegarias; somos mira-
 „dos hasta ahora como la basura del
 „mundo, y como las inmundicias
 „desechadas de todos.“

Tales eran las lecciones y los
 egemplos que daban los Apóstoles á
 los primeros fieles: luego estaban bien
 distantes de inducirlos á la rebelion,
 cuando querian que mirasen las in-
 jurias, las disfamaciones, los tor-
 mentos, y la muerte por Jesucristo,

como su gloria y su felicidad.

Estas santas lecciones y estos he-
 roicos egemplos de los Apóstoles hi-
 cieron tan poderosas impresiones en
 el corazon y en el espíritu de sus dis-
 cípulos, que durante trescientos años
 de la persecucion mas cruel y mas in-
 tolerable que jamas se vió, no se oyó
 hablar en el imperio de sediccion al-
 guna escitada por los cristianos; jamás
 gobernador alguno de provincia, ni
 magistrado de ninguna ciudad, los
 acusó de haber hecho el menor mo-
 vimiento contra el estado. Toda la
 historia eclesiástica me enseña, que
 los cristianos pedian sin cesar por la
 prosperidad del imperio y de los em-
 peradores: que pagaban los tributos
 con la exactitud mas religiosa: que
 eran los más intrépidos soldados de
 sus egércitos; y que, en fin, los em-
 peradores no tuvieron vasallos mas
 fieles. Siempre se les vió amar á sus
 mayores enemigos, como ellos se
 amaban entre sí; abandonarles sus
 bienes sin resistencia; no responder
 á sus injurias sino con el silencio, ó

dándoles bendiciones , y á sus mas crueles tratamientos , sino con acciones de gracias y beneficios. Cuando la persecucion calmaba un poco , practicaban con sosiego su religion ; mas cuando se encendia , los unos huian á paises estrangeros , los otros se encerraban en los bosques y desiertos, ocultándose en los huecos de las rocas ; los otros esperaban en sus casas que fueran á conducirlos al martirio. Sin embargo , todos se esforzaban á atraer sobre ellos los socorros del cielo con sus súplicas , sus ayunos , sus gemidos y sus lágrimas. Se exhortaban los unos á los otros á sufrirlo todo por aquel que habia sufrido por ellos la muerte de cruz ; y cuando llegaba el momento del sacrificio , recibian el golpe mortal , bendiciendo á un tiempo la mano que los inmolaba á Dios ; y á Dios , porque los habia juzgado dignos de ser inmolados por él.

Y en fin , para que no se digera que los cristianos no tenian paciencia sino por necesidad , escucha como Tertuliano , que florecia en el segundo

siglo , habla al Senado en su Apologético : “ Nosotros llenamos todo el Imperio , las ciudades , las plazas fuertes , los arrabales , las tribus , las decurias , los egércitos , el Senado , el palacio , las plazas públicas. No os dejamos sino los templos de los dioses : allí solo no se ven cristianos. Como si les hubiera dicho , conocemos nuestras fuerzas , pero no queremos servirnos de ellas , porque conocemos nuestra ley. Nuestra paciencia no es como tal vez la imagináis , una paciencia de debilidad y abatimiento , sino una paciencia de fe. Nos dejamos degollar como corderos , porque creemos que es mas glorioso y mas útil para nosotros el morir que el matar.

Asi pensaban los cristianos. La legion Tebana dió una prueba ilustre de esta verdad bajo el Imperio de Maximino. Esta legion se componia toda de fieles. Habiendo mandado el Emperador con pena de muerte , si no obedecian ; que hiciesen sacrificios á los dioses del Imperio , le respondieron intrépidamente : nosotros so-

mos soldados vuestros , y en esta calidad os debemos el servicio militar; pero al mismo tiempo somos siervos de Dios , y en esta calidad no podemos adorar sino á él. Disponed de nuestra vida como os parezca : nosotros tenemos las armas en la mano , y sabremos servirnos de ellas ; pero no será sino contra los enemigos del Imperio : nõ experimentareis resistencia alguna de nuestra parte. La orden bárbara de hacer pedazos la santa legion, fue dada y egecutada. Entõnces se vió á aquellos fieros guerreros esperar , y recibir á sangre fria la muerte , que frecuentemente habian llevado á las filas enemigas ; arrojaron las armas , y se presentaron en este estado á los golpes de sus camaradas hechos ya sus verdugos. Seis mil y seiscientos soldados , todos de un valor experimentado , se dejaron degollar como un solo hombre , y un mismo dia vió entrar en el cielo un egército entero de mártires.

Pero , Teotimo ; nada manifiesta mejor cuan profundamente estaban

grabados en el corazon de los cristianos los sentimientos de los cuales hablo , como lo que pasó bajo Juliano Apóstata. Este Príncipe habia sucedido á muchos Emperadores cristianos. Cuando subió al trono todas las leyes eran favorables á los cristianos , y él mismo habia recibido el Bautismo. Persiguió , no obstante la religion , y esta persecucion tuvo el carácter singular , de que siendo menos sangrienta que las otras , fue sin embargo mas terrible , porque fue mas artificiosa. Los cristianos podian gloriarse de que desde Constantino , su religion era la religion del Imperio , y asi estaba estrechamente unida á su constitucion. Que Juliano habia recibido la púrpura á condicion de proteger esta religion ; y que bajo de ella los pueblos se le habian sometido ; pero estos no conocieron ninguno de estos pretextos para sublevarse. Juliano inmoló cuantas víctimas quiso , y derramó toda la sangre que le pareció. Los cristianos de entõnces , asi como los de los Reynados de Do-

miciano y de Diocleciano, no imaginaron otro medio de hacer calmar la persecucion, que el de orar y sufrir; por este egeemplo eternamente memorable, enseñaron á todos los cristianos de los siglos futuros, que jamas hay razon legítima para sublevarse contra los Príncipes perseguidores de la religion, y que el cristianismo debe mantenerse por los mismos medios que fue establecido, que son la oracion y la paciencia.

Recopilemos en pocas palabras, mi querido Teotimo, todo lo que se ha dicho hasta aqui. Los Apóstoles formaron la mayor empresa que los hombres formaron jamas. Ellos no tenían por sí mismos nada de lo que puede hacer efectiva una empresa semejante. Tuvieron para egecutarla que superara todos los obstáculos humanos. Los medios que emplearon para verificarla, debian segun todas las reglas de la prudencia humana, oponerse á ella sin recurso. Sin embargo, los Apóstoles convirtieron á la fe una infinidad de judíos y de idólatras. Por

su muerte, componian ya los cristianos una sociedad inmensa. En el curso de trescientos años que duraron las persecuciones, el cristianismo se extendió por todas partes. Entónces los Emperadores, vencidos por la fuerza de la verdad, recibieron el Baustismo, y con esta última victoria, Jesucristo se vió dueño de todo el universo.

¡Asombrosa revolucion, donde el poder, la sabiduria, y la magestad suprema de Dios brillan de un modo tan sensible, que no hay hombre de buena fe, y libre de preocupacion, que no sea tocado y sorprendido de ella! Escuchemos, Teotimo, cómo se esplica S. Pablo sobre esto en su epistola 1.^a á los Corintios, cap. I. "La „ palabra de la fe es una locura para „ los que se pierden; pero para los „ que se salvan; es decir, para nosotros, ella es la virtud de Dios. Por „ eso está escrito: yo destruiré la sabiduria de los sabios, y desecharé la „ ciencia de los sabios. ¿Qué se han „ hecho los sabios? ¿Qué se han he-

„cho los Doctores de la ley? ¿Qué se
 „han hecho aquellos talentos curio-
 „sos de este siglo? ¿No ha conven-
 „cido Dios de locura la sabiduria de
 „este mundo? Porque viendo Dios
 „que el mundo, con la sabiduria hu-
 „mana, no le habia conocido en las
 „obras de la sabiduria divina, le plu-
 „gó el salvar por la locura de la pre-
 „dicacion á los que creyesen en él.
 „Los judios pedian milagros, y los
 „gentiles buscaban la sabiduria; y
 „para nosotros, nosotros predicamos
 „á Jesucristo crucificado, que es un
 „escándalo para los judios, y una lo-
 „cura para los gentiles; la cual es sin
 „embargo la fuerza de Dios, y la sa-
 „biduria de Dios para los que son lla-
 „mados, sea judios ó gentiles; por-
 „que lo que parece en Dios una lo-
 „cura, es mas sabio que la sabiduria
 „de todos los hombres; y lo que en
 „Dios parece débil, es mas fuerte que
 „la fuerza de todos los hombres. Con-
 „siderad, hermanos míos, quienes son
 „de vosotros los llamados á la fe; hay
 „pocos sabios, segun la carne, pocos

„poderosos y pocos nobles. Pero Dios
 „ha escogido los menos sabios, segun
 „el mundo, para confundir los sabios;
 „ha escogido los flacos, segun el mun-
 „do, para confundir los poderosos;
 „ha escogido los mas viles y los mas
 „despreciables, segun el mundo, y
 „lo que era nada, para destruir lo mas
 „grande que hay, á fin de que ningun
 „hombre se glorie delante de él.

Palabras profundas que nos ense-
 ñan, que el fin que Dios se propuso
 en la eleccion de los medios, por los
 cuales ha establecido en el mundo la
 religion cristiana, ha sido asombrar y
 confundir el orgullo del entendimien-
 to humano. ¿Y cómo? obligando á los
 hombres á conocer y confesar altamen-
 te, que la redencion del mundo obra-
 da por los Misterios del Hijo de Dios
 hecho Hombre, y muerto en una
 cruz, es la obra maestra de la sabidu-
 ria del mismo Dios: reduciendo los
 hombres á la necesidad de hincar la
 rodilla delante de Jesucristo crucifi-
 cado para adorarlé como su Dios, y
 el autor de la salvacion: no emplean-

do otro medio exterior y sensible para obrar estas maravillas, sino la predicacion de doce hombres, pobres, viles y despreciables segun el mundo: llamando desde luego á la fe, por la predicacion de estos doce hombres, todo quanto habia en el mundo mas flaco y mas despreciable, para atraer á ella en seguida por estos mismos, todo lo que en él hay mas grande y mas poderoso; de suerte, que habiendo sido conducido todo en el establecimiento de la religion contra todas las reglas de la sabiduria humana, y aparentemente por un consejo lleno de locura, todo ha prosperado sin embargo.

Segun las ideas del entendimiento humano, era una locura en Dios el enviar su Unigénito á la tierra para hacerse Hombre y morir en una cruz, por la redencion de los hombres: segun las ideas del entendimiento humano, era una locura en Dios el querer obligar el mundo á creer que el Hijo único de Dios se habia hecho Hombre efectivamente, y que habia muer-

to en una cruz, por la redencion de los hombres. En fin, segun las ideas del entendimiento humano, era una locura en Dios el querer que doce pescadores persuadieran estos misterios al mundo, ó para hablar como san Agustin, tres cosas eran absolutamente increíbles: era increíble que Dios hubiese querido hacerse hombre, y morir en una cruz por la salvacion de los hombres: era increíble que el mundo pudiese creer que Dios se habia hecho hombre, y habia muerto en una cruz por la salvacion de los hombres: era increíble que doce pescadores pudiesen hacer creer jamas al mundo, que Dios se habia hecho hombre, y que habia muerto en una cruz por la salvacion de los hombres; y de estas tres paradojas la última era la mas increíble. Sin embargo, todas tres cosas sucedieron. Dios se hizo hombre, y murió en una cruz por la salvacion de los hombres. El mundo lo ha creído, y lo cree todavía, y doce pescadores son los que lo han hecho creer al mundo; y lo que